

RESEÑA DE LIBROS

Sobre el auge de la reforma en el campo Chino

artículo-reseña

Keith Griffin, (ed.), *Institutional Reform and Economic Development in the Chinese Countryside*, Armonk, N.Y., M.E. Sharpe, Inc., 1984, x + 336 pp.

William L. Parish, (ed.), *Chinese Rural Development, The Great Transformation*, Armonk, N.Y., Londres, M.E. Sharpe, Inc., 1985, vii + 278 pp.

El campo chino ha sido probablemente el sector donde las reformas económicas han tenido un impacto más fuerte sobre la población. Las modificaciones de la relación productor-medios de producción o de subsistencia se han dado particularmente en el campo, donde precisamente esa relación es más estrecha y afecta de manera determinante todos los ámbitos de la vida familiar.

Las reformas en el campo han consistido fundamentalmente en un movimiento de descentralización del proceso productivo, de manera tal que la toma de decisiones de la comuna o de las brigadas, según el caso, llega a los equipos y finalmente a las familias individuales, o bien agrupadas según criterios que responden a la racionalidad del productor, quien es el que en última instancia decide cómo habrá de insertarse en la planificación económica general. Este proceso global de descentralización ha tendido a nuclearse en torno a la sustitución de las organizaciones colectivas, que dominaban todo el proceso productivo, por un sistema donde la familia campesina contrata con el Estado o sus representantes, con organizaciones colectivas o con algún otro ente, la realización de tareas específicas, para ligar así la productividad con la remuneración. Naturalmente, estos arreglos presentan una diversidad enorme, que está dada por la variedad de las condiciones naturales, por el tipo de trabajo, por

el producto, por las condiciones históricas concretas de cada lugar, por la receptividad de la población, etcétera.

Las reformas en el campo deben ser entendidas dentro del marco de la política económica general, que tiende a bajar la tasa de acumulación y a elevar el nivel de consumo, a la vez que aumenta la productividad del trabajo y le asigna una mayor importancia a la ley de la oferta y la demanda. Así, la institución del sistema de responsabilidad familiar ha ido acompañada de otras medidas que afectan al agro y que apuntan hacia las metas más generales de la política económica nacional. Estas medidas han sido: la mejora de los términos de intercambio en relación a los productos agrícolas a través de una reforma en la estructura de precios, lo que, por otro lado, se ha acompañado de una disminución general de los subsidios; apoyo a las actividades auxiliares de las familias campesinas, así como a la proliferación de industrias en los pueblos pequeños, para que absorban la mano de obra liberada de las instituciones agrícolas colectivas, lo que a la vez aumentaría la oferta de artículos de consumo e insumos para el campo; introducción de incentivos para la especialización de las familias o de las regiones, con el fin de profundizar la división técnica del trabajo y, por último, la liberación del mercado. En los últimos años todo esto ha revitalizado el campo chino, a través de un proceso de diversas combinaciones de privatización y de especialización de la producción, que ha arrojado resultados sorprendentes en términos de la producción.

Estas transformaciones no se han dado sin alguna resistencia, no sólo en los órganos de poder sino también entre ciertos sectores de la población campesina que, por sus condiciones específicas de bienestar relativo, le temen a las reformas. El sistema de responsabilidad familiar y su esencia, el intento de ligar la remuneración a la productividad, no es nuevo en la República Popular China ni como política ni como experimento práctico. A mediados de la década de los cincuenta, algunos líderes consideraban el sistema de responsabilidad familiar como una alternativa a la colectivización. Tal fue el caso de Deng Zihui —en ese momento secretario de Asuntos Rurales del Partido—, quien fue criticado por Mao.¹ En 1956 el sistema se practicó en Shanxi, Henan, Zhejiang y Guangdong.² A

¹ Mao Tsetung, "Un debate en torno a la cooperativización agrícola y la actual lucha de clases" (11 de octubre de 1955), *Obras escogidas*, vol. V, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1977, pp. 237-240.

² Yan Ling, "The Necessity, Possibility and Realization of Socialist Transformation of China's Agriculture", *Social Sciences in China*, vol. III, núm. 1, marzo de 1982, pp. 118-119.

principios de la década de 1960, la política de Liu Shaoqi de *Sanzi Yibao* (tres libertades y un contrato) también pretendía implantar el sistema, y, aunque éste se experimentó en algunas regiones con relativo éxito, fue duramente criticado.

La obra editada por Griffin es el producto de un trabajo de campo llevado a cabo por el grupo de investigadores que son los autores del libro, todos ellos especialistas en problemas agrarios y del desarrollo. Los investigadores realizaron un viaje de estudio durante tres semanas, en el verano de 1982, por algunas partes de las provincias de Sichuan y Yunnan, y basan su trabajo, además, en las informaciones oficiales emitidas en Beijing. Un aspecto interesante de la obra son las diversas perspectivas que se ofrecen sobre los mismos casos de estudio. El primer artículo, de Kimberly y Keith Griffin, proporciona un marco general de lo que son las reformas en el campo chino, da una pequeña referencia de los arreglos entre las familias y los equipos y describe el funcionamiento económico de tres casos de estudio. Azizar Rahman Khan ubica el proceso dentro de un marco histórico reciente y se detiene en la descripción de las diversas modalidades de los contratos. Eddy Lee analiza el empleo y los niveles de ingreso. Ahwan Saith habla del impacto y de las contradicciones de la nueva política de población en el marco de las reformas.

El siguiente artículo de Keith y Kimberly Griffin, así como el de J.L. Enos, profundizan un poco en uno de los elementos a nuestro modo de ver más interesantes de las transformaciones que se están operando en el campo chino —particularmente por sus efectos a largo plazo sobre los patrones tradicionales de distribución geográfica de los polos de desarrollo—, que es el de las empresas rurales. Éstas, que han sido consideradas como meras respuestas a los problemas del empleo y del abastecimiento rural, tienen un enorme potencial futuro en la canalización de la acumulación privada en el campo, así como en la conformación de pequeños polos de desarrollo en la región intermedia entre el campo y la ciudad. La importancia de estas industrias y de su ubicación no parece escapar de los proyectos de los planificadores económicos chinos, quienes han venido insistiendo en la necesidad de tomar en cuenta las regiones nodales formadas alrededor de los polos industriales ya existentes, así como la necesidad de crear otros polos, de una manera más planificada y de dimensiones más manejables.

El artículo de Ajit Kumar Ghose ofrece una perspectiva general de las reformas rurales, lo que sirve de marco explicativo para el resto de los artículos, más centrados en los estudios de caso. Al final del libro hay un epílogo de Keith Griffin, donde se intenta ac-

tualizar la información ofrecida, por medio de los datos recogidos en un nuevo viaje del autor a China, en el verano de 1983. No obstante, este epílogo se lee más como una conclusión general del libro que como una aportación de nuevos datos.

La obra editada por Griffin resulta útil para el estudio de las transformaciones operadas en el campo chino desde 1978, y particularmente para conocer los efectos del sistema de responsabilidad y del auge de la economía individual y privada en el campo; sin embargo, sólo trata el inicio de la puesta en práctica de esta política y en un área que puede ser considerada como piloto.

La obra editada por Parish surge a partir de una conferencia sobre desarrollo rural realizada en 1981; por lo tanto, su contenido es más heterogéneo. La mayoría de los artículos destaca los procesos en una perspectiva histórica. Entre los artículos resalta el excelente análisis de Lardy, donde se desglosa la relación económica entre el campesinado y el Estado, a través de la comercialización de los productos agrícolas. Los trabajos de Wiens y Butler analizan, en casos diferentes, la incidencia de la estructura de precios. J. Unger retoma la fructífera investigación de la aldea Chen para presentar su análisis del interés personal. Una perspectiva similar, aunque más analítica, plantea Victor Nee. El artículo de D. Zweig, basado en un trabajo de campo en Jiangsu en 1978 y 1981, es el que contiene más elementos sobre los efectos del sistema de responsabilidad familiar y, debido a las características de su caso de estudio, resaltan algunos elementos de resistencia a la nueva política. La desigualdad y el ingreso en el área rural los trata M. Selden, entre 1949 y 1979, mientras que Blecher habla de la brecha entre los residentes urbanos y los rurales. El artículo de N. Diamond es una visión general de la brigada Taitou en Shandong, producto de un trabajo de campo de cuatro meses entre 1979 y 1981. Esta pequeña historia moderna de la aldea resulta muy interesante si se la lee junto con el libro de M. Yang, de 1945.

El libro editado por Parish resulta de interés para obtener una perspectiva general sobre diversos aspectos del campo chino hasta 1981, y puede ser un buen complemento a *Agriculture in China's Modern Economic Development* (Cambridge University Press), de Lardy, que es una obra más profunda y analítica.

El alcance de las transformaciones operadas desde 1978 en el campo chino es tal, que es necesario realizar un análisis muy cuidadoso y coherente para poder percibir esas transformaciones en un contexto global. El problema agrario y campesino en China es básico para el futuro de su sistema económico y político. En la agricul-

tura están invertidos aproximadamente 72% de la fuerza de trabajo y 23% de los fondos, y el sector agrícola aporta 28% del ingreso nacional. Los datos oficiales reportados sobre el alcance y los resultados de las reformas hablan de su profundidad: según fuentes oficiales, para fines de 1983, 98% de las familias campesinas había adoptado el sistema de responsabilidad familiar. Al parecer, ésta fue la razón de que se produjera un dramático aumento del ingreso promedio per cápita de los campesinos, el cual pasó de 133 yuanes anuales, en 1978, a 355 en 1984, aunque aún haya cerca de 100 millones de personas con un ingreso per cápita por debajo de los 150 yuanes anuales.³

A nivel socioeconómico y político las consecuencias de estas transformaciones aún están suscitando reformas, aunque las reportadas oficialmente parecen dirigirse hacia su propia profundización. La organización colectiva no parece haberse desmantelado completamente; los equipos y, en menor medida, las brigadas, continúan ejerciendo el papel de contratadoras en el campo y, en algunos lugares, donde todavía se usan los puntos de trabajo en la diversidad que han asumido las remuneraciones en los contratos, dichas organizaciones colectivas mantienen mayor peso. Por otra parte el tiempo de duración de los contratos sobre las tierras se ha elevado a un promedio de 15 años, para hacer más probable la inversión de los campesinos en su mejora.

El valor relativo de la producción de cultivos bajó, entre 1978 y 1983, de 67.8 a 62.1%, mientras que el de las ocupaciones auxiliares subió de 32.2 a 37.9%. Esto ha tenido diversas implicaciones. Dentro de la reducción relativa de los cultivos hubo una reducción mayor para el cultivo de granos en beneficio de cosechas comerciales, como algodón y oleaginosas. Esta tendencia llamó la atención de ciertos sectores del liderazgo chino, lo que llevó a introducir correctivos a partir de 1985. Destacan aquí las llamadas de atención de Chen Yun sobre las posibles dificultades para alimentar a la población. El crecimiento de las empresas rurales las ha llevado a representar cerca de un décimo del valor total de la producción de la industria nacional. Comparativamente, a nivel de los ingresos a los campesinos les resulta más rentable dedicarse al cultivo de cosechas industrializables y, más aún, a actividades como la cría o el tra-

³ Véase Zheng Yongun, "El gran éxito obtenido en la reforma de la estructura económica rural", *Hongqi*, núm. 20, 1984, pp. 44-45, y Du Runsheng, "Segunda etapa de la reforma económica rural", *Beijing Informa*, núm. 25, 1985, pp. 15-18. Este último autor es director del Centro de Estudios del Desarrollo Rural del Consejo de Estado.

bajo en las empresas rurales. En términos de la división interna del trabajo en las familias campesinas, esto ha llevado en algunos lugares a una agudización de la división sexual del trabajo, quedándole obviamente a las mujeres las actividades menos remuneradas. En el caso de las familias productoras de artesanías, la confección de éstas tiende a estar en manos de las mujeres, mientras que la adquisición de insumos y la comercialización se consideraban como actividades masculinas. Naturalmente, la distribución de las actividades varía en relación con las condiciones históricas de cada lugar.

En un sentido más general, la debilidad de las organizaciones colectivas también acarrea problemas en relación con los servicios de bienestar público que éstas prestaban, así como con la construcción de infraestructura. Igualmente, basar el bienestar de la familia sobre su capacidad individual de obtener recursos introduce nuevas variables en relación con su estructura; es decir, las familias numerosas tendrían más posibilidad de obtener mayores ingresos. Dada la baja mecanización del campo y los pocos recursos de capital, las familias dependen fuertemente de su disponibilidad de mano de obra. Esto ha creado contradicciones con la política estatal de control de la natalidad y, en algunos casos, se han revivido tendencias hacia la asociación de familias nucleares, descendientes del mismo tronco masculino. Las preferencias matrimoniales parecen también estar modificadas por el bienestar económico.

Se prevé que la mayor parte de la inversión rural será generada en el campo mismo: empresas cooperativas, familias, créditos bancarios. El Banco Agrícola de China, creado en 1955, cerrado en 1957, restablecido a principios de la década de 1960, cerrado durante la Revolución Cultural y reabierto en 1979, parece estar llamado a desempeñar un papel crucial en el financiamiento de las actividades agrícolas. Hasta ahora se ha hecho un gran esfuerzo de convencimiento para dirigir el ahorro agrícola hacia actividades productivas; sin embargo, los campesinos prefieren gastar en las mejoras de su vivienda y en la adquisición de artículos caseros, y todavía los gastos en los entierros y las bodas siguen siendo muy elevados.

Todos estos elementos, junto con las consecuencias políticas y sociales que acarrearán las diferencias de ingresos entre las familias, hacen de las reformas rurales en China un tema muy difícil de percibir desde puntos de vista aislados, tal como está planteado en las obras reseñadas. Las reformas rurales requieren de análisis cada vez más globales y, más que como un modelo acabado, deben verse como un proceso de transformaciones cuyo eje es ligar, cada vez más estrechamente, la remuneración a la cantidad y calidad del trabajo

realizado para aumentar la productividad. Así, en este proceso, las metas no son necesariamente la privatización ni el desmantelamiento absoluto de las organizaciones colectivas, sino la búsqueda de una forma de organización del trabajo que le permita al campo cumplir un papel más dinámico en la estructura económica del país. Las posibles soluciones a los problemas planteados por la nueva política son conocidas y estudiadas con atención por los planificadores chinos, y la respuesta a dichos problemas irá dando la pauta de la conformación de un nuevo modelo de desarrollo agrario.

ROMER CORNEJO BUSTAMANTE
El Colegio de México

Roy Andrew Miller, *Origins of the Japanese language; lectures in Japan during the academic year 1977-78*, Publications on Asia of the School of International Studies, Number 34, University of Washington Press, Seattle and London, 1980, xiv + 217 pp., 3 mapas.

Con este libro, Roy Andrew Miller nos ofrece un ensayo de divulgación sobre un problema muy discutido, la clasificación genética del japonés, del cual presenta una solución explícita y bastante bien articulada: la hipótesis altaica. Al mismo tiempo, expresa su posición personal sobre varios temas secundarios, de los cuales dos de los más importantes son la práctica *correcta* de la lingüística diacrónica, y la manera como la comunidad académica japonesa ha tratado el problema de la clasificación de su propia lengua. La obra revela a un autor experto en su campo y con ideas muy tajantes, en general sensatas, pero no siempre tan obviamente correctas como se hacen aparecer, y en algunos casos equivocadas.

El libro tuvo como punto de partida cuatro conferencias sobre el tema general del origen del japonés, presentadas en Japón ante diversos grupos universitarios, durante el año académico de 1977-1978. Este origen del libro se refleja en los asuntos incluidos y en su tratamiento, especialmente en su estilo editorial, sobre lo que percibe como las debilidades de la tradición académica japonesa. Las conferencias en cambio se redactaron en inglés, con el propósito expreso de ofrecerle al estudiante anglohablante, interesado en los estudios japoneses, una introducción general sobre el origen

del japonés, que fuera breve, confiable, actualizada, y que estuviera escrita en un lenguaje sencillo. El libro consta de una introducción, donde se describen las condiciones de su producción y sus metas; de cuatro capítulos —“The search for origins” (la búsqueda de los orígenes), “The comparative method” (el método comparativo), “The Altaic languages” (las lenguas altaicas), y “Japanese scholarship” (la investigación académica japonesa); de una guía bibliográfica comentada (“Further reading and documentation”) y de índices analíticos de los temas y de las formas japonesas y coreanas citadas. La editorial ha hecho un buen trabajo. La edición es atractiva y sólo hemos notado dos erratas: “as well of” (p. 59; se debe leer “as well as”) y “not all difficult” (p. 179; se debe leer “not at all difficult” o “not all that difficult”).

En realidad, el libro es una presentación del estado actual de la hipótesis altaica del origen del japonés. No intenta una prueba de la hipótesis, ni una defensa de ella; más bien, la toma como punto de partida y, a la luz de esta hipótesis, esboza una reconstrucción de la prehistoria del japonés que integra tanto pruebas lingüísticas como arqueológicas y filológicas. Aunque el libro no pretenda suministrar los datos necesarios para defender el bosquejo resultante, sí ofrece muestras ilustrativas del tipo de datos que apoyan la hipótesis, siempre con la promesa de que se podrían citar muchos testimonios más. Para el lector interesado, la guía bibliográfica que aparece al final del libro proporciona la información necesaria para profundizar más en los temas tratados y así poder evaluar las afirmaciones del texto.

Concretamente, la hipótesis altaica, como la presenta Miller, coloca el japonés en la familia altaica de lenguas, que también comprende las lenguas túrquicas, las mongólicas, las tungúsicas y probablemente el coreano. No acepta una relación genética entre el altaico y el urálico; explica las semejanzas tradicionalmente notadas entre estas dos familias como el resultado de la difusión antigua. Ni menciona otras relaciones propuestas del altaico, como el nostrático de Pedersen, por ejemplo (cf. Bomhard, 1984). El territorio original (*Urheimat*) del protoaltaico se localiza en las estepas transcaspianas alrededor de 7000-6000 a.C., donde sus hablantes estaban en contacto con los hablantes del protourálico. Permanecieron allá durante cuatro o cinco milenios, manteniendo su unidad lingüística, hasta que la expansión indoeuropea provocó su migración, antes de 2000 a.C., hasta las faldas meridionales de la Cordillera Altai de Asia Central. Allí se inició la diferenciación del protoaltaico y, según Miller, nació el japonés.

La diáspora altaica desde esta segunda protopatria se atribuye principalmente a los disturbios provocados por los hunos alrededor de 300-200 a.C., pero con anterioridad los ancestros de los pueblos tungúsicos, japoneses y coreanos habían iniciado su migración al oriente. Aquí los acontecimientos se vuelven confusos, debido en parte a las relaciones contradictorias entre el japonés y las lenguas tungúsicas, implícitas en la presentación de Miller. A veces trata el japonés como una rama independiente de la familia altaica; otras veces trata el japonés, las lenguas tungúsicas y el coreano como miembros coetáneos de un grupo que podemos llamar altaico oriental (Miller no usa este término), y a veces trata el japonés y el coreano como integrantes del grupo tungúsico. Sin embargo, nunca propone explícitamente la relación que guarda el japonés con las demás lenguas de la familia altaica (el problema de la subagrupación). En el caso de esta migración, los trata como un solo grupo. Identifica la llegada de este pueblo a la costa pacífica y a Corea y Japón con una cerámica decorada con un diseño en forma de peine (*comb-pattern pottery*), llevada por una cultura ribereña que, según Miller, era tungúsica. Los primeros restos de esta cerámica en el Japón están fechados entre 4000-3000 a.C., o posiblemente aún más temprano. Miller no hace comentarios sobre la patente contradicción cronológica: una cultura tungúsica poblando Corea y Japón cuando, según su reconstrucción, el protoaltaico todavía estaba en las estepas transcaspianas antes de su diferenciación. Esta contradicción es el aspecto más débil de la exposición de Miller.

Cuando los hablantes del tungúsico (o del altaico oriental) llegaron a Japón desde Corea, encontraron una isla ya poblada desde antes de 25 000 a.C. La cultura era neolítica y generalmente uniforme, pero con manifestaciones locales consistentes con una pluralidad de comunidades lingüísticas. Así, Miller sostiene que el ancestro del japonés se impuso paulatinamente sobre una población pluriétnica y plurilingüe. Este proceso de remplazo y la diferenciación de esta lengua de las demás lenguas tungúsicas (o altaicas orientales) ya se había realizado cuando se escribió el primer texto en antiguo japonés que ha sobrevivido, en el siglo V de nuestra era.

En su título, Miller habla de los *orígenes* del japonés; usa el plural para hacer hincapié en la importancia de las otras lenguas que han influido en el desarrollo del japonés por medio de la difusión. Reconoce cuatro fuentes principales. Para explicar la presencia de formas que no muestran las correspondencias fonéticas regulares establecidas para el japonés, sugiere que existen en el japonés restos de material léxico proveniente de otras lenguas altaicas. Especifica-

mente, mantiene que son los resultados de continuas olas de intrusos hablantes de varias lenguas altaicas que entraron en Japón desde el continente, durante el periodo formativo del japonés. En segundo lugar, nota los importantes lazos culturales que han existido entre Japón y Corea, pero observa que los préstamos resultantes son difíciles de distinguir de los cognados, puesto que son lenguas emparentadas. Esta situación contrasta con la influencia ingente del chino, que en general es fácil de detectar, dada la amplia documentación de éste y la ausencia de una relación genética entre el japonés y el chino. Finalmente, considera la influencia de las lenguas malayopolinesias, que han contribuido principalmente con términos relacionados con el mar y la pesca.

En el proceso de presentar la hipótesis altaica, Miller también rebate tres hipótesis contrarias. La hipótesis más conocida es que el japonés es una lengua aislada, sin relaciones conocidas con otras lenguas. Esta hipótesis, que se atribuye casi exclusivamente a los lingüistas japoneses aunque en realidad sea la opinión más universalmente aceptada, se presenta como la *falta* de una hipótesis, como si fuera la culpa de los investigadores el no poder establecer una relación genética para una lengua. Empero se debe notar que la lingüística todavía no ha podido establecer relaciones genéticas para varias de las lenguas del mundo —el vascuence, el tarasco y el burushaski son tres de ellas— y que en general se acepta que si existen algunas lenguas aisladas. El argumento principal en contra del aislamiento del japonés es que las semejanzas con las lenguas altaicas son múltiples y a todos niveles de la estructura, de tal manera que la difusión no puede explicarlas. Ya sea que se acepte este argumento o no, Miller tiene toda la razón de insistir en que el hecho de considerar una lengua como aislada no es suficiente justificación como para dejar de buscar relaciones genéticas. La segunda hipótesis que rechaza Miller es la supuesta relación entre el japonés y las lenguas malayopolinesias. Su argumento principal es que la divergencia entre el japonés y el malayopolinesio aumenta cuando se toma en cuenta datos más antiguos, mientras que debería disminuir en el caso de una verdadera relación genética. La tercera hipótesis que Miller considera como inadmisibles es que el japonés sea una lengua híbrida, una mezcla de una lengua altaica y una lengua malayopolinesia. Su argumento principal es que no existen casos documentados de verdaderas lenguas mixtas. Tiene razón en decir que el concepto de lengua mixta o híbrida actualmente no goza de mucha aceptación en círculos lingüísticos, es seguramente una exageración decir (p. 205) que sólo tiene un papel significativo en la lingüística japonesa.

En general, nos parece que el autor cumplió bien con su meta principal de dar una introducción breve, sencilla y actualizada de los orígenes del japonés, aunque sólo los aspectos de la historia del japonés que están relacionados con la hipótesis altaica reciban mucha atención. Nos hubiera gustado ver más apoyo para el estudiante. Por ejemplo, le hacen falta un mapa completo de Japón, un mapa con todas las lenguas aldañas del japonés, un mapa con todos los puntos geográficos mencionados en el texto e incluyendo las protopatrias y las principales rutas de migraciones postuladas, un mapa con todas las lenguas altaicas localizadas, un mapa con las divisiones dialectales del japonés, un árbol genealógico (u otra representación gráfica) del altaico como Miller lo concibe, un cuadro que resuma cronológicamente los eventos prehistóricos reconstruidos, y un cuadro de las correspondencias fonéticas principales de la familia altaica. Mapas y cuadros de este tipo desempeñan un papel didáctico importante; además, ayudan a clarificar áreas confusas que no siempre se notan en un texto escrito. También nos hizo falta la mención de dos temas que Miller no trata, pero que son relevantes a su tema. No habla de la reconstrucción del protojaponés, aunque algunos lingüistas hablen de una *familia* de lenguas japonesas (cf. Voegelin y Voegelin, 1977). Por ejemplo, la diferenciación léxica de los "dialectos" japoneses, que según el sistema de Swadesh (1963) constituyen una especie ancha o una *genus* angosta (10.9:18.0) (cf. Hattori, 1973), es notablemente mayor que la diferenciación léxica de las lenguas romances, que sólo forman una especie angosta (8.3:10.8) (cf. Rea, 1958).¹ De hecho, la descripción de los dialectos del japonés y el grado de diferenciación entre ellos es bastante débil; ni siquiera se mencionan los dialectos de las islas Riukiu (cf. Hattori, 1973). Tampoco comenta sobre el aino, una lengua autóctona de Hokkaido y Sajalín que generalmente es tratada como una lengua aislada. ¿Sería el último resto de las lenguas prealtaicas desplazadas por el japonés?

Este libro también se puede tomar como un buen ejemplo de

¹ El primer número entre paréntesis se refiere a lo que Swadesh llama la divergencia mayor de eslabón del grupo, expresada en siglos mínimos (calculados según su teoría glotocronológica). En el caso del romance, es la diferencia entre el rumano y el italiano, de 830 años, mientras que en el caso del japonés es la diferencia entre los dialectos de Kagoshima y de Amami, de 1090 años. El segundo número entre paréntesis representa la divergencia máxima del grupo, también expresada en siglos mínimos. Para el romance, es la diferencia entre el rumano y el español, de 1080 años, y para el japonés es la diferencia entre los dialectos de Hachijō y de Miyako, de 1800 años.

lo que se pretende hacer en la paleontología lingüística. Esto, a pesar de que a veces trata de vestir los huesos de la prehistoria con demasiada carne. Por ejemplo, su observación de que “only a madman would have dared entertain the idea of returning, even part of the way” (“sólo un loco se hubiera atrevido a concebir la idea de regresar, aunque fuera nada más una parte de la ruta”), con respecto a la migración tungúsica, nos parece más teatro que ciencia.

Como una última observación sobre la presentación de la hipótesis altaica, nos parece puramente retórico el contraste que se presenta entre la falta de un consenso japonés sobre la clasificación de su lengua, de un lado, y el consenso occidental, del otro. Este supuesto consenso occidental es nada más que un consenso entre ciertos investigadores, entre ellos, Anton Boller, Nicholas Poppe, Karl H. Menges, Roy Andrew Miller, John Street y E. Azerbajev. Como frecuentemente pasa en las discusiones de relaciones genéticas distantes, no todos los lingüistas se pueden poner de acuerdo. A pesar de lo que piense Miller, esto no implica necesariamente que no sean buenos lingüistas o que no estén suficientemente informados; lo que puede indicar es que se trata de un problema difícil.

El segundo tema importante del libro es la metodología de la lingüística comparada. En opinión de Miller, una de las deficiencias principales de la lingüística japonesa es el desconocimiento del método comparativo. Como consecuencia, una de las metas de sus conferencias —que se preserva en el libro— era la de promover la importancia de este método en Japón. Si bien aplaudimos este sentimiento, consideramos que el libro no puede servir como una introducción al método comparativo; es más, varias de las observaciones que hace el autor al respecto o son equivocadas o bien representan opiniones notablemente marginadas. Para ilustrar lo anterior, digamos que Miller caracteriza el método comparativo en términos de dos axiomas (equivocadamente, los llama teoremas): a) las lenguas cambian, y b) el cambio lingüístico es regular (p. 45). Miller considera que ninguno de estos axiomas se puede comprobar o demostrar con evidencias directas. Esto nos parece una afirmación sumamente extraña en el caso del primer axioma. Vivimos en un mundo donde nuestra lengua está cambiando constantemente y donde el cambio se puede notar fácilmente en la forma de nuevas palabras y expresiones. Nuestros abuelos y nuestros nietos no hablan como nosotros. De hecho, una de las áreas de investigación más productivas de la sociolingüística moderna ha sido el cambio en procesos (cf. Labov, 1981). Entonces preguntamos ¿qué es lo que Miller considera como pruebas directas? Miller también afirma que nadie

podría dudar seriamente de la validez de estos dos axiomas. Esto revela una posición hiperneogramática en el caso del segundo axioma, puesto que niega la existencia, o por lo menos la seriedad, de los oponentes del cambio regular cuando en realidad son legiones. De hecho, ni siquiera los neogramáticos hablaron de la regularidad de los cambios, excepto en el caso del cambio fonético.

Otro ejemplo de la visión muy particular que Miller tiene de la lingüística histórica se ve en su crítica del concepto de vocabulario básico (pp. 85-87). Da la impresión de que ciertos aficionados a la lingüística, y aun algunos profesionales, creen equivocadamente que en todas las lenguas ciertas formas son más resistentes al cambio porque se refieren a ideas, conceptos o cosas más básicos para la existencia humana. Afirma que este *error* se debe a una confusión entre las palabras y sus referentes. Al parecer, estos comentarios están dirigidos especial, pero no exclusivamente, en contra de la glotocronología. La realidad es muy distinta de lo que pinta el autor. Es un hecho casi universalmente reconocido por los lingüistas históricos que existen diferencias en el vocabulario en cuanto a su susceptibilidad al remplazo léxico. Para citar un solo ejemplo, Meillet, reconocido como uno de los practicantes más destacados del método comparativo, observa que:

Sans doute, il se conserve en général un nombre plus ou moins grand de vieux mots usuels, souvent des verbes tels que ceux signifiant "boire" et "manger", "aller" et "venir", etc., et des adjectifs, souvent aussi des substantifs comme les noms de parenté, d'animaux familiers, etc. Mais ce qui concerne la vie sociale, la vie intellectuelle, est sujet à l'emprunt. (1938 [1924], p. 59.)²

La idea de vocabulario básico también recibe el apoyo de los estudios tipológicos. Para citar sólo dos ejemplos, Greenberg (1966) ha demostrado la importancia de la marcación en el contexto del vocabulario que se refiere al parentesco, donde los términos no marcados de las oposiciones léxicas se pueden interpretar como más básicos; y Berlín y Kay (1969) han empleado con éxito el concepto de *términos básicos de colores*, y han descubierto que, entre los términos básicos, algunos son más básicos que otros. Por ende, nos parece indiscutible que el concepto de vocabulario básico es manejado por lingüistas ilustres y que ya tiene fundamentos teóricos só-

² "Sin duda, se conserva en general un número más o menos grande de viejas palabras usuales, muchas veces verbos como los que significan 'beber' y 'comer', 'ir', etc., y adjetivos, muchas veces, también, sustantivos como los nombres de parentesco, de animales familiares, etc. Pero aquello que respecta a la vida social, la vida intelectual, está sujeto al préstamo."

lidos. Además, a pesar de lo que mantiene Miller, se reconoce que es completamente razonable sostener que el vocabulario que se aprende en la infancia, que es de uso constante y que se refiere a objetos, actividades, y conceptos relativamente universales en la experiencia humana, va a mantenerse más estable en la historia de una lengua que otros tipos de vocabulario y que, por lo tanto, va a cobrar más importancia en el estudio de las relaciones genéticas distantes. La supuesta confusión entre las palabras y sus referentes, a la que alude Miller, es más bien el resultado de la naturaleza del signo lingüístico. Las lenguas no son exclusivamente objetos formales y abstractos, desvinculados del mundo real; son sistemas de signos con usos comunicativos y contenidos concretos que los ligan a la realidad y que desempeñan un papel importante en sus transformaciones diacrónicas.

Hasta el concepto general del proceso de cambio implícito en este trabajo es muy cuestionable. Hay una tendencia a ver el cambio y la diferenciación únicamente como respuestas a factores externos. Según Miller, el altaico se mantuvo como unidad durante varios milenios hasta la primera migración, cuando la diferenciación se inició. La primera división importante fue entre los altaicos que se quedaron atrás y los tungúsicos, que tenían que adaptarse a nuevas condiciones geográficas y climatológicas. Miller sostiene que esta migración fue de una importancia primordial, porque explica la posición bastante divergente de los tungúsicos en el altaico. No se puede negar que el traslado de una lengua a un ambiente nuevo requiere una adaptación en su vocabulario, pero los cambios sociales, económicos y ecológicos no provocan nuevos mecanismos lingüísticos ("new and different linguistic devices") como afirma Miller (p. 62), si se entiende por nuevos mecanismos lingüísticos cambios en los niveles fonéticos, fonológicos, morfológicos o sintácticos. A la vez, la lengua de los que se quedan atrás tampoco se mantiene estática. La migración simplemente permite que los dos grupos cambien independientemente, pero no indica cuál grupo va a cambiar más; toda lengua es simultáneamente innovadora y conservadora. Finalmente se debe notar que no es necesaria una migración para conducir a la diferenciación, como lo atestiguan los casos de los zapotecos, los pueblos mayances y otros muchos pueblos sedentarios que de todas maneras manifiestan fuertes divisiones lingüísticas.

Algunas afirmaciones más, aunque de menor trascendencia, posiblemente merecen modificación o clarificación. Tres nos llamaron la atención. Primero, Miller insiste, con toda la razón, en la independencia de lengua y raza (nosotros agregaríamos de cultu-

ra); pero su conclusión de que el estudio de los orígenes lingüísticos nunca nos dirá nada sobre la genética humana y que la antropología física es irrelevante para la lingüística (pp. 15-16) es demasiado fuerte, por lo menos en el caso de la reconstrucción de la prehistoria. En la práctica de la paleontología lingüística generalmente se supone —y así lo hace Miller en su exposición— que la lengua, la cultura y la raza están ligadas, en ausencia de evidencias en contra. Segundo, su afirmación (p. 25) de que no existe evidencia convincente de una relación entre las lenguas chinas y alguna otra familia lingüística merece clarificación, puesto que existe un consenso general que las trata como un subgrupo de la familia chinotibetana, al lado del tibetano y del birmano, entre otras muchas lenguas. Claro está que los consensos pueden estar equivocados, pero nos parece razonable señalar las razones de pensar que así sea el caso, especialmente en un libro para estudiantes. Tercero, la afirmación (p. 64) de que el prefijo *proto* implica, por definición, un periodo histórico muy remoto, está equivocada. La profundidad temporal de una reconstrucción depende del grado de diferenciación de las lenguas involucradas. En el caso del protorromance o del protojaponés, las formas reconstruidas son relativamente recientes, mientras que en el caso del protoindoeuropeo o el protoyutoazteca son relativamente remotas.

El tercer tema importante del libro es el fracaso de la lingüística japonesa en su búsqueda del origen de su propia lengua. Miller sostiene que la ausencia de progreso en Japón acerca de las relaciones genéticas del japonés se debe a una serie de factores: la falta de conocimiento del método comparativo; la influencia negativa de la gramática tradicional del japonés que, en lugar de alumbrar, ofusca la estructura de la lengua; el descuido del estudio de otras lenguas; la renuencia a buscar material nuevo; el poco interés en el trabajo de investigadores de otros países; la influencia inconsciente de la historia ortodoxa del régimen nacionalista fascista del periodo anterior a 1945, y el deseo de considerar su lengua como única y de alguna manera distinta de las otras lenguas humanas. Esta crítica es dura, franca, y según otro reseñista (Patrie, 1982), bien merecida; de todas maneras, suena un poco injusta y resultado de una actitud que tiende a presentar cualquier opinión contraria a la suya como equivocada. Aunque está dirigida al auditorio original de las conferencias presentadas en Japón, también puede ser de interés para el lector no japonés. Nos recuerda una vez más que la investigación científica también responde a los factores históricos y culturales que la pueden desviar o limitar, y que cada uno de nosotros debe examinar

su propia práctica científica para evitar estos mismos defectos u otros que puedan empobrecer nuestros resultados.

En suma, el libro de Miller es interesante y entretenido, y nos dio mucho gusto leerlo. Tiene varios defectos y limitaciones; pero, al mismo tiempo ofrece una introducción excelente a la hipótesis altaica y un buen ejemplo de la manera como se pueden integrar datos lingüísticos con datos de otros campos para recuperar algunos aspectos de la prehistoria humana.

THOMAS C. SMITH STARK
El Colegio de México

BIBLIOGRAFÍA

- BERLIN, Brent, y Paul Kay. 1969. *Basic color terms: their universality and evolution*, University of California Press, Berkeley and los Ángeles.
- BOMHARD, Allan R. 1984. *Toward Proto-Nostratic: a new approach to the comparison of Proto-Indo-European and Proto-Afroasiatic*. Amsterdam studies in the theory and history of linguistic science, Series IV, Current issues in linguistic theory, vol. 27. John Benjamins Publishing Company, Amsterdam/Philadelphia.
- GREENBERG, Joseph H. 1966. *Language universals; with special reference to feature hierarchies*. Janua linguarum, series minor, 59. Mouton & Co., The Hague-Paris.
- HATTORI, Shirô. 1973. "Japanese dialects". En *Current trends in linguistics*, editado por Thomas A. Sebeok, vol. 11, *Diachronic, areal, and typological linguistics*, Henry M. Hoenigswald y Robert E. Longacre, editores asociados, pp. 368-400, Mouton, The Hague-Paris.
- LABOV, William. 1981. "Resolving the neogrammarian controversy". En *Language*, vol. 57, no. 2, pp. 267-308.
- MEILLET, A. 1924. "Introduction à la classification des langues". En *Les langues du monde*, dirigido por A. Meillet y Marcel Cohen, É. Champion, Paris. Reimpreso en A. Meillet, *Linguistique historique et linguistique générale, tome II*. (Collection linguistique publiée par la Société de Linguistique de Paris, 40), Librairie C. Klincksieck, Paris, 1938, pp. 53-69.
- PATRIE, James. 1982. Reseña de Roy Andrew Miller, *Origins of the*

- Japanese language; lectures in Japan during the academic year 1977-78*, en *Language*, vol. 58, núm. 3, pp. 699-701.
- REA, John A. 1958. "Concerning the validity of lexicostatistics". En *International journal of American linguistics*, vol. 24, núm. 2, pp. 145-150.
- SWADESH, Mauricio. 1963. "Nuevo ensayo de glotocronología yutonahua". En *Anales 1962* (Instituto Nacional de Antropología e Historia, México), tomo 15, núm. 44, pp. 263-302.
- VOEGELIN, C. F., y F. M. Voegelin. 1977. *Classification and index of the world's languages*. Foundations of linguistics series. Elsevier, New York y Oxford.

Ruth Hayhoe (ed.), *Contemporary Chinese Education*, M.E. Sharpe, Inc., New York, 1984.

La educación en China ha sido objeto de estudio por parte de los occidentales desde que los jesuitas enviaban informes señalando cuán importante era el estudio para un pueblo (o al menos para su élite) empeñado en lograr el éxito y la prosperidad a través de una educación esmerada. Es así como se estudió la educación tradicional que favorecía el estudio de los clásicos y perpetuaba un sistema que descansaba sobre la ideología confuciana y se señalaron los intentos de modernización a los que China fue obligada por su incapacidad de enfrentarse a los occidentales. Un tema que siempre se repetía era el intento de los estadistas chinos de reformar su sistema educativo guardando, sin embargo, el espíritu peculiar de los chinos y su herencia cultural. Este dilema no estuvo ausente ni siquiera en las políticas educativas de Mao Zedong en Yan'an y luego, una vez alcanzada la victoria, en toda la República Popular China.

Mao dedicó muchos de sus escritos a la educación y cuando, después de pugnas internas, su línea de pensamiento triunfó en su forma más radical, la Revolución Cultural, la educación en China fue uno de los temas más controvertidos y estudiados por los expertos occidentales. Hay una literatura abundante, pero muy desigual en cuanto a su calidad, sobre la década que va de 1966 a 1976, año de la muerte de Mao y de la finalización oficial de las políticas de la Revolución Cultural.

Desde 1976, a pesar de una mayor apertura de China, de los múltiples viajes de occidentales, de las investigaciones de campo, de los intercambios, etc., el volumen de estudios realizados sobre la educación en China es menor. Lo que durante la década de 1966-1976

se llamó “revolución educativa” resultó ser un ensayo teóricamente interesante de nuevas modalidades en la educación, que en la práctica llevaron a un atraso inquietante en ciencia y tecnología y a una baja drástica del nivel cultural medio. Ahora bien, al repudiar los métodos empleados, el problema es el repudio o la retención de los ideales antes enarbolados: igualdad de oportunidades, práctica en vez de teoría, estudio combinado con trabajo, excelencia por mérito moral y no por calificación, y tantas otras innovaciones en el espíritu y en la práctica de la educación.

Los especialistas escriben menos porque posiblemente esperan la cristalización del nuevo sistema, la afirmación de las nuevas políticas. No es extraño ver en China cambios radicales y no sabemos si el sistema actual (o los muchos intentos de sistematizar varias corrientes e ideas) está firmemente arraigado. El libro de R. Hayhoe intenta hacer una evaluación del sistema educativo en la China actual cuando la educación post-Mao tiene ya varios años de existencia.

El primer ensayo de Brian Holmes hace una comparación a grandes rasgos entre el sistema educativo chino y los de los Estados Unidos y la URSS. Éste es posiblemente uno de los capítulos menos logrados del libro. Tiene demasiadas generalizaciones sobre la influencia de la ideología en la educación, lo que no sería discutible si la interpretación de esta ideología no fuera bastante limitada.

El segundo capítulo, escrito por la compiladora Ruth Hayhoe, hace una recapitulación de las grandes corrientes de la educación china a partir del siglo XX (con algunas referencias a un pasado más remoto), con gran énfasis en la educación que propugnaban por los comunistas desde la época de Yan'an hasta 1978, pasando por los cambios “radicales” de la Revolución Cultural. Es una introducción útil, sobre todo para el no especialista, y ayuda a entender los siguientes ensayos que hablan de una manera más detallada sobre aspectos de la educación actual: la primaria, discutida por Billie Lo; la secundaria, presentada por Stanley Rosen y la superior analizada por Jürgen Henze. Entre estos ensayos destaca el de Stanley Rosen, actual editor de la Revista *Chinese Education* y conocedor a fondo del tema. El análisis que hace Jürgen Henze de la educación superior es rico en datos y estadísticas, pero queda algo incompleto al centrarse sobre todo en el tema de la pugna entre la “calidad” y la “igualdad” en la educación superior, que es únicamente un aspecto, aunque importante, de las metas que persigue la educación universitaria en China.

El ensayo sobre educación de maestros examina cuáles han sido las políticas para elevar el nivel de los educadores y describe los

métodos adoptados para este fin. La conclusión es que “la capacitación de maestros en China puede ser descrita como dependiente de la iniciativa local, orientada hacia la revisión de materias y dada bajo la forma de programas informales o de adiestramiento en el lugar en el que se prestan los servicios”. Esto, según la autora, no toma en consideración otros aspectos pedagógicos para desarrollar cualidades necesarias en un buen maestro. David Chambers, en un capítulo sobre educación de adultos, explora todas las modalidades de este aspecto de la educación, que tiene una larga historia, puesto que ya en los años veinte el Partido Comunista consideraba primordial el establecer programas de educación para adultos. Finalmente, Ruth Hayhoe habla del intercambio académico entre China y otros países y examina las implicaciones que esto puede tener para el futuro de la educación en China. En este capítulo se habla casi exclusivamente de los países de Europa Occidental, los Estados Unidos y Canadá. Se menciona Japón (uno de los más importantes en tener intercambio educativo con China) pero no se dan datos. En cuanto a otros países, éstos ni se mencionan, como es el caso de México, que ha tenido un intercambio limitado pero constante en los últimos diez años.

En general, es éste un libro indispensable para cualquiera que esté interesado en la educación en China, sea especialista (por la riqueza de los datos, cuadros y estadísticas) o simplemente curioso de cuáles son las modalidades de la educación de un país que se encuentra en una encrucijada económica y política, en donde los cambios a veces van más allá de las instituciones que los apuntalan.

FLORA BOTTON BEJA

Gerald J. Bender, James S. Coleman, Richard L. Sular (editors), *African Crisis Areas and U.S. Foreign Policy*, University of California Press, 1985.

La dificultad que se presenta en el momento de reseñar un libro como éste reside, tal vez, en la necesidad de dejar a un lado los significados *implícitos* presentes a lo largo de los 18 capítulos que conforman la obra. *African Crisis*. . ., dividida en cuatro partes, enriquecida con seis mapas correspondientes a las áreas analizadas —además de contar con datos adicionales (sinopsis, etc. . .)—, presenta la gran ventaja de reunir, bajo la firma de varios autores, y para cada una de las

cuatro áreas escogidas, una serie de informaciones poco difundidas en los medios masivos de comunicación. Con una perspectiva norteamericana, según lo precisan varios de los autores, la opinión pública, *desinformada* respecto de los acontecimientos actuales en África, no tendría, por esta razón, una influencia notable sobre las tomas de decisión gubernamentales respecto de las consecuencias de las acciones llevadas a cabo en África por una complicada red de actores.

Esta reflexión se hace patente en las partes del libro que tratan de analizar con más precisión lo que es una situación de crisis en África austral. La cuestión *racial*, que sustenta y alimenta el régimen del *apartheid*, no puede ser tratada, en efecto, fuera del contexto de las relaciones interraciales, tal como son vividas estas últimas, en la actualidad, en el propio territorio de los Estados Unidos.

Dada la importancia de los intereses de Estados Unidos en África del Sur, tanto a nivel de las acciones gubernamentales como de las del sector privado, cualquier acción llevada a cabo por los norteamericanos en dirección de África del Sur repercutiría en los planes económicos, militares y de política interior de los Estados Unidos en relación con la situación racial. Aquí reside entonces una de las funciones principales de la desinformación a la cual nos referimos más arriba.

Otro elemento interesante analizado desde varias perspectivas a lo largo del libro es el intento de definición del término crisis aplicado, desde luego, al contexto de las relaciones locales, regionales e internacionales en juego en África.

Si el tratamiento dado al final (cap. 18) al término "crisis" se inspira en la teoría de los juegos (con la presencia y la modalidad de acción de diversos actores tanto endógenos como exógenos), el intento de delimitación del campo de aplicación del término crisis en el contexto africano (que aparece en la Introducción) nos parece mucho más interesante.

Existe en efecto una relación directa entre la interpretación que se puede dar al término crisis y el contexto de su aplicación a partir de la perspectiva (o sea de la situación) en la cual se encuentre ubicado el analista. Se debe tomar también en cuenta el tipo de lector al cual el discurso (el mensaje publicado en x condiciones) va dirigido. En este sentido se puede lamentar quizás la escasa bibliografía africana a la cual se refieren las (a veces) abundantes notas al fin de cada capítulo. En el último capítulo esta escasez suele ser más notable todavía, a pesar de la importancia del tema tratado. Nos parece que una definición más rica de lo que es un *área* (en el contexto de

la crisis) también hace falta en el libro. Si podemos apreciar la ampliación semántica del término crisis en su aplicación a los campos económico y ecológico (además del político y el militar), su ausencia en el campo *cultural* (no el *culturalista* que sí, a grandes rasgos, aparece en el libro) debe relacionarse a nuestro entender con una falta de preocupación (o de interés) por la delimitación de las áreas *geoculturales* en África. Es de todos conocido que las áreas geopolíticas no siempre coinciden con las geoculturales, lo que enriquece más aún el tratamiento que se le puede dar al examen de una "crisis" en cualquier área que sea.

Si, en su gran mayoría, los autores de los capítulos muestran su preocupación por un mejor entendimiento de los paradigmas y variables que componen las "crisis" en África, *a fin de difundir una información destinada a proporcionar unas vías de solución menos mortíferas de lo que son en la actualidad*, sólo en la segunda y tercera partes ("The American Dilemma on the Horn"; "United States Policy Toward Zaire") se hace sentir la importancia de ciertos componentes geoculturales en el proceso de formación y de desarrollo de la crisis en estas áreas. Sin embargo, la mención que se hace en el capítulo titulado "Reflections on a Continent in Crisis" respecto de la importancia del papel que siguen desempeñando las potencias de Europa occidental en África (como actores exógenos de la crisis, al lado de Estados Unidos y de la URSS) bien podría caer en el terreno de las preocupaciones de orden geocultural.

Debemos, sin embargo, lamentar la ausencia total de referencias al papel (¡nada secundario!) de las islas africanas como componentes *indispensables* de las regiones tratadas.

Antes de concluir debemos insistir sobre el hecho de que cada parte del libro merecería una reseña propia, dada la importancia de los temas escogidos.

Recomendamos a los estudiosos de África la lectura más atenta posible de cada uno de los capítulos, relacionándolos entre sí *independientemente* del lugar otorgado por los editores en cada una de las partes.

SIMONE BENCHEIKH

Donald Keene, *Dawn to the West, Japanese Literature of the Modern Era*, New York, Holt-Rinehart and Winston, 1984, 2 volúmenes.

Cuando se hace mención de la literatura japonesa del siglo xx aparecen ciertas obras —*La casa de las bellas durmientes*, *El lago*, *Confesiones de una máscara*, *La caída del ángel*, *Kappa*— y ciertas figuras recurrentes: Yukyo Mishima, Yasunari Kawabata, Ryunosuke Akutagawa. Algunos, más familiarizados con ese mundo, agregarían los nombres de Osamu Dazai, Hideo Kobayashi, o los aportes sectoriales en la poesía o en la crítica literaria. El lector de habla inglesa podrá dar razón, incluso, de la abundante obra de un Kawabata o de un Mishima, vertida casi en su totalidad a su idioma; sin embargo, su apreciación de la producción literaria japonesa de los últimos 100 años sería parcial y restringida. La creación de las letras en Japón ha llegado a ser más exuberante, polifacética y dinámica de lo que puedan mostrar esos lugares comunes. Las 2 000 páginas de *Dawn to the West* se consagran al empeño de presentar al público llamado occidental todo ese abigarrado mundo de escuelas, obras y autores que han aparecido en el Japón moderno —desde 1968—, digno de ocupar primerísimos lugares en el concierto de la literatura universal, no sólo por su cantidad sino por su rigor y calidad.

La traducción literaria japonesa tiene una historia milenaria y singular. Se remonta al siglo viii, época del predominio político de la ciudad sagrada de Nara, cuando se ponen por escrito los relatos orales en el *Kodyiki* y el *Nibongui*, se redactan las primeras crónicas locales —*Fudoki*—, y se reúne la creación poética popular en el *Manyoshu* o “Colección de las diez mil hojas”. En el siglo x los gobernantes Fujiwara realizan una nueva antología de poesía selecta, el *Kokinshu*, cuyo célebre prólogo es todo un manifiesto estético: “La poesía japonesa tiene por germen el corazón humano. . . La poesía es aquello que, sin esfuerzo, mueve cielo, tierra. . . que suscita la piedad de los demonios o dioses invisibles. . .” etc. Desde el siglo xi, mujeres como la Murasaki o la Shonagon, con su *Cuento de Guendyi* y el *Libro de la almohada*, colocaron la narrativa japonesa en lugar pionero dentro del contexto mundial. Para el siglo xvii, en la aurora de la Pax Tokugawa, Bashoo y su escuela elevan el Haiku a niveles insuperables, y Saikaku patentiza en sus anovelados relatos “el mundo flotante” de la burguesía naciente. Dos siglos después, empero, la obsolescencia del régimen shogunal implicó, a la vez, el anquilosamiento y la decadencia del espíritu artístico.

Con toda razón, D. Keene presenta los acontecimientos corre-

lativos al movimiento de restauración, que culminaron en 1868, como un remezón a la sociedad en conjunto, con irresistible impacto en el ámbito artístico, el cual vino a beneficiarse de especial manera: se oxigenó. Muy pronto, los jóvenes con inquietud artística tomaron la iniciativa de salir y descubrir otras técnicas y recursos más allá del chino clásico, comenzaron a proliferar las publicaciones literarias, los círculos de estudiosos, las tendencias artísticas, las escuelas, los titánicos esfuerzos de sintetizar “lo mejor de Oriente con lo mejor de Occidente”, según el *slogan* de moda; pero, sobre todo, empezó a circular la literatura universal. Y como “las traducciones de la literatura europea aparecidas después de Meiji fueron la condición absoluta para la creación de una nueva literatura japonesa”, Keene comienza su compendio a partir de ese año crucial —1868— de la historia de Japón.

Sin mayores dilaciones, y siguiendo las pautas de la historia convencional, Keene adopta la separación de la historia moderna de Japón de acuerdo con el periodo de cada emperador. Así, Meiji (1868-1912), Taishoo (1912-1926) y Shoowa (1926-) son los tres periodos particulares de la literatura japonesa moderna.

En el periodo Meiji destaca el conflicto de los narradores tradicionales —la escuela Gesaku— con las nuevas tendencias temáticas y estilísticas: romanticismo, naturalismo, “novela del yo” y el uso del japonés coloquial como instrumento de plasmación artística. Los poetas de la escuela Kanshi seguían aferrados al chino clásico, pero ya en 1885 Futabatei logra enorme éxito con su novela *Nubes a la deriva*, escrita en el lenguaje corriente, popular. La ficción, bastante inhibida hasta entonces, tuvo como precursor al joven Kindo Toda con su *Dyoakai Jaran* —“Tormenta en el mar de las pasiones”—, relato religioso, moralista. De igual manera, aparece la literatura política de Ryukei Yano, la cual sirvió de puente entre el anterior y vulgar Gesaku y la nueva narrativa popular de Tsubouchi, Futabatei, Sooseki Natsume y Ogai Mori.

Sólo el teatro contaba, por la época de la Restauración, con un público constante y con un renovado repertorio. Claro que gracias a la obra de un solo autor: Mokuami, y en una sola rama: el Kabuki, pues el aristocrático Noh estaba tan inmovilizado como el Bunraku —títeres—; aun cuando este último tuviera un alto y fugaz resurgimiento con oportunas innovaciones tales como la de introducir atractivas voces femeninas en la narración. El Kabuki, libre de presiones, siguió su trayectoria anterior bajo Meiji, con lo que retrasó, en parte, el advenimiento del nuevo drama —Shingeki—, de corte europeo.

En el periodo Taishoo emerge como figura colosal Akutagawa, el audaz creador, inspirado en la literatura japonesa antigua. Con "Rashomon", "La nariz", *Kappa*, etc., tuvo el mérito de atraer, por primera vez, lectores de todo el mundo. Florecen, también, la naturalista y prooccidental escuela Shirakaba —los Abedules Blancos— y la tendencia proletaria, reprimida después por el gobierno, de la revista *El sembrador*.

En los años 30, ya en el periodo Shoowa, el movimiento Tenkoo —Reorientación— asume las banderas caídas de la literatura proletaria. En la poesía, se destaca Nishiwaki, poeta, según Keene, de la grandeza de Rilke y de Valéry, y se formalizan publicaciones regulares: *Arechi* —El erial— y *Retto* —El archipiélago. En la narrativa, la escuela Burai-ha —los Decadentes— de Osamu Dazai reacciona contra los planteamientos de Shirakaba y busca el rescate de la vieja escuela Gesaku, a la vez que empieza la consagración de los grandes novelistas japoneses del siglo xx: Tanizaki, Kawabata y Mishima. Este último, junto con Toyoichiroo Miyoshi y Toshijaru Kinoshita, colocan el teatro japonés al nivel de la más depurada exigencia internacional.

La crítica literaria, que ha contado con arduos investigadores de extraordinaria erudición, como Sato y Kobayashi, recibe un tratamiento especial, minucioso, en el libro de Donald Keene. De igual manera, un capítulo especial está dedicado a la narrativa femenina, esa remota y brillante tradición perdida con el paso de los siglos y que tanto apasiona al autor.

Este estudio sobre la literatura japonesa se compone de dos volúmenes, separados por géneros literarios: volumen I, narrativa; volumen II, poesía, teatro y crítica literaria. En su gran mayoría, los escritores están presentados y es analizada su obra dentro de una escuela en conjunto, o dentro de una tendencia. Los creadores más sobresalientes están estudiados en capítulos individuales.

Dawn to the West es una obra exhaustiva y rigurosa. Quizá el estudio no japonés más completo sobre la literatura japonesa en los últimos 100 años. Es el resultado de 15 años de paciente labor por parte de un erudito que ha dedicado toda su vida a la literatura. Un estudioso que tiene en su haber una decena de traducciones y otra decena de obras sobre la producción literaria de Japón. Estos dos volúmenes son la primera publicación de un ambicioso proyecto de investigación por medio del cual Keene quiere cubrir toda la historia de las letras de ese país asiático.

Randolph Barker, Robert W. Herdt y Beth Rose, *The Rice Economy of Asia*, Washington, D. C., Resources for the Future, Inc., 1985, 324 pp.

Este libro de Barker, Herdt y Rose merece ser bienvenido, dado que desde 1941, cuando Wickizer y Bennett publicaron su estudio sobre la economía del arroz en Asia antes de la segunda guerra mundial (1939-1945), y luego en 1952, cuando Efferson realizó su investigación sobre la economía del arroz antes y después de la segunda guerra mundial, no se había hecho un estudio al respecto en forma global. Desde los años mencionados ha habido grandes cambios, tanto en la producción como en la distribución del arroz. Son precisamente esos cambios en la economía del arroz en Asia, desde la segunda guerra mundial, los que analizan Barker y Herdt, recalando en especial la década de 1960, cuando se introducen variedades modernas y nueva tecnología.

La región asiática donde se produce más arroz tiene como límites Japón en el este, Pakistán en el oeste, la latitud norte de 50° en China y la latitud sur de 10° en Indonesia. Esta área se caracteriza por veranos con abundantes lluvias. Esta vasta región puede dividirse en tres subregiones geopolíticas: el este de Asia, el sureste de Asia y el sur de Asia. El este de Asia incluye tres grandes productores de arroz: Japón, China y Corea; el sureste asiático incluye ocho productores de arroz: Birmania, Indonesia, Laos, Kampuchea, Malasia, Vietnam, Filipinas y Tailandia; y el sur de Asia incluye cinco países: Bangladesh, Sri Lanka, India, Nepal y Pakistán.

Según los autores, el arroz, *Oryza sativa*, tuvo origen en la región fronteriza del sur y sureste de Asia, y desde este lugar se extendió al resto del área y al este de Asia.

En las diferentes regiones de cultivo de arroz se usan tanto las técnicas tradicionales como las modernas. Existen diferencias en las políticas gubernamentales para el uso de fertilizantes. En 1973-1975 hubo una crisis de los fertilizantes y los países asiáticos, temiendo que se produjera una escasez de éstos, hicieron compras masivas, con lo que el precio de los fertilizantes se elevó. Desde 1970, los países que han logrado la autosuficiencia en arroz se han convertido en dependientes de la importación de fertilizantes.

Los autores señalan que, debido al alto consumo de arroz en Asia, los mercados de arroz locales se han desarrollado y que, por el contrario, sólo una pequeña parte se comercializa internacionalmente, constituyendo alrededor de un 5% de la producción mundial.

En algunos países del área se ha logrado aumentar la produc-

ción de arroz mediante subsidios del gobierno para la irrigación, la inversión en investigaciones y el crédito subsidiado.

Los autores afirman que para poder seguir una política nacional sobre el arroz, es necesario que se planee y se ponga en práctica un programa de investigación. Calculan que si se toma en cuenta el crecimiento de la población y el aumento de los ingresos, la demanda de arroz crecerá en 3% al año en la mayoría de los países asiáticos. Para lograr cubrir esta demanda será necesario que los gobiernos se concentren en los programas de irrigación y de desarrollo tecnológico.

En un volumen aparte de Beth Rose: *Appendix to the Rice Economy of Asia: Rice Statistics by Country, Tables with Notes*, se encuentra la información estadística que se menciona en el libro.

MARISELA CONNELLY

Yukio Mishima, *Sed de amor*, 3a. ed., trad. Ricardo Domingo, Luis de Caralt Editor, S.A., Barcelona, 1984, 232 pp.

El tiempo en que ocurre la acción: la posguerra; el espacio: una aldea de campesinos, próxima a Osaka, Maidenmura; el personaje central: Yakichi Suguimoto, un hombre de extracción rural que había emigrado a la ciudad, donde trabajó durante treinta años en la Compañía Naviera Kansai, hasta llegar a ser su presidente. La vida, tanto familiar como laboral, del personaje había sido ejemplar. Con una esposa de refinada educación burguesa y gran inteligencia formó una familia de hijos varones: Kensuke, Ryosuke y Yusuke, los tres educados en Tokio y herederos, a través de su difunta madre, de la etiqueta de la clase media de Tokio, de la que no escapó tampoco Suguimoto.

Muchos años atrás, Suguimoto había comprado una propiedad en Maidenmura, aldea a la cual se trasladó en el momento de su retiro de la Compañía Naviera. Será allí donde habrá de desarrollarse su vida futura. En su ida al campo lo acompañaron, aunque a disgusto, el hijo mayor, el cultísimo Kensuke, con su mujer Chieko, y la nuera Asako, con sus dos hijos, cuyo esposo Yusuke vivía de momento en Siberia. En las labores del campo ayudarían Saburo, joven de extracción humilde, sencillo, franco, de buena complexión física, por lo mismo atractivo y trabajador, y en las domésticas, Mi-

yo, una muchacha insignificante, sin educación, pero de buen corazón.

A esta familia vendría a sumarse Etsuko, nuera de Suguimoto, casada con el segundo hijo. Etsuko es una mujer llena de sufrimientos, atormentada de celos por el esposo, que la despreció vilmente y nunca la amó. La razón del ingreso de Etsuko en el seno de esta familia obedece a la muerte de Ryosuke de fiebre tifoidea.

La novela se centra en torno al calvario de Etsuko, la cual se enamora del ingenuo de Saburo que, desde luego, ni remotamente sospechaba qué pasaba por la mente de la viuda. Saburo y Miyo, por su parte, llenos de ímpetu juvenil, jugaban al amor, lo que hacía enloquecer a Etsuko, quien sin embargo guardaba compostura y serenidad ante la familia. Cuando Miyo quedó embarazada de Saburo, la llevó a empujones al tren, para que regresara a la casa paterna.

Lo que Etsuko no podía soportar era que seres de un estrato social más bajo que el de ella la hicieran sufrir. En una palabra, detestaba todo lo que Saburo amaba, "el dolor espiritual estaba tomando posesión de su cuerpo, lentamente, inundándolo como un río desbordado inunda los campos de arroz. . ." (p. 171). Así, una madrugada, Etsuko cita a Saburo detrás de la casa, en los invernaderos, para explicarle el asunto de Miyo, con el deseo de que Saburo la perdona por haber alejado de su vida a su compañera. Para sorpresa de Etsuko, Saburo reacciona con indiferencia, considerando que lo sucedido con Miyo había sido algo natural entre jóvenes de su edad. El propósito de Etsuko era que Saburo le dijese que la amaba. Saburo, seducido por Etsuko, intenta abrazarla y la tira con violencia al suelo. Pero cuando Saburo intenta huir de su lado, Etsuko se agarra de sus piernas y grita. Aparece entonces Suguimoto con un azadón filoso. Etsuko toma el azadón y lo clava en el cuello de Saburo, como si al matarlo pudiera dejar de sufrir.

Esta novela es una de las más impactantes de Yukio Mishima. Su prosa, de gran belleza, pinta la campiña japonesa que tanto amó, con una dinámica descripción de los festivales de otoño de Osaka. Mishima es un paisajista magistral de las aldeas, con sus cielos estrellados, su luna y su sol, sus lluvias, la nieve y el viento, sus castaños, nísperos, melocotoneros y hortalizas. Conocedor profundo del espíritu y del alma japoneses, de la psicología de su pueblo, Mishima va conduciéndonos de capítulo en capítulo, hasta el trágico desenlace de un amor imposible: "Juzgada únicamente por su resultado final, su pasión era una prueba, sorprendente por su autenticidad, de la ilimitada pasión de los hombres por torturarse a sí mismos. Era, como tal, una pasión consumida generosamente, en la destruc-

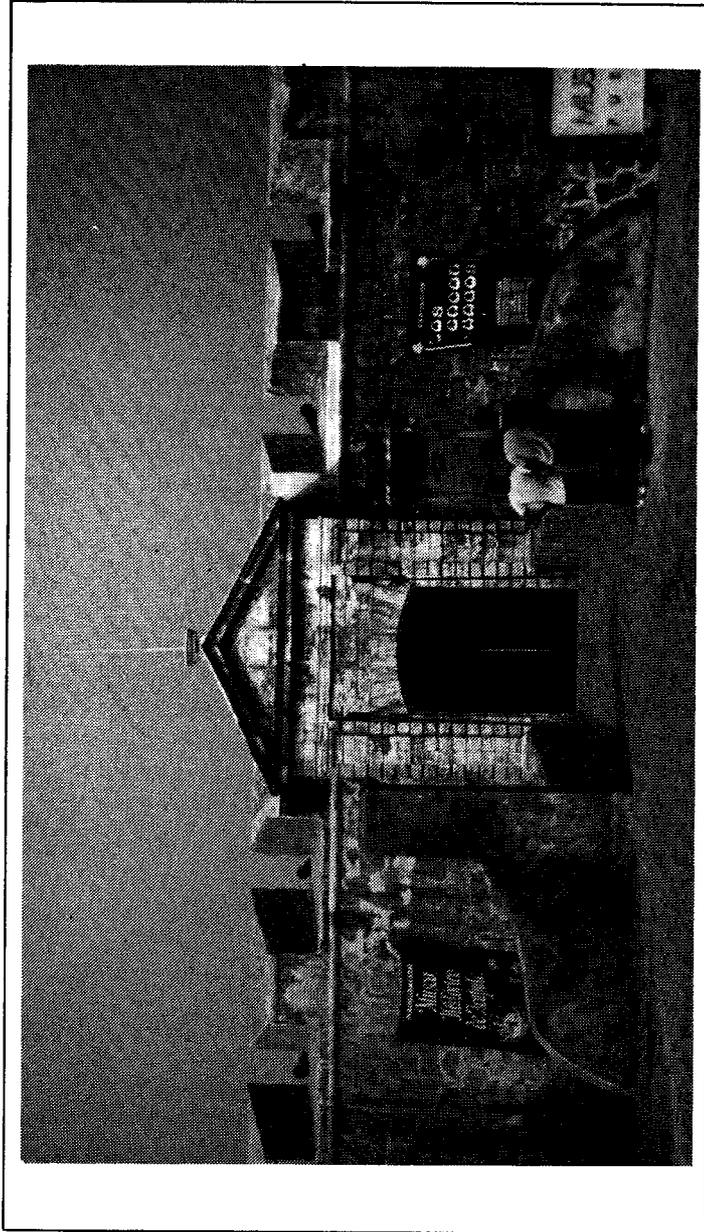
ción de sus propias esperanzas, un modelo a escala de la existencia humana, quizás demasiado rectilíneo, quizás demasiado arqueado. Las pasiones tienen forma y a través de sus formas, se convierten en culturas biológicas en cuyo seno las vidas humanas pueden desarrollarse en plenitud. . ." (p. 117).

MARÍA ELENA OTA MISHIMA

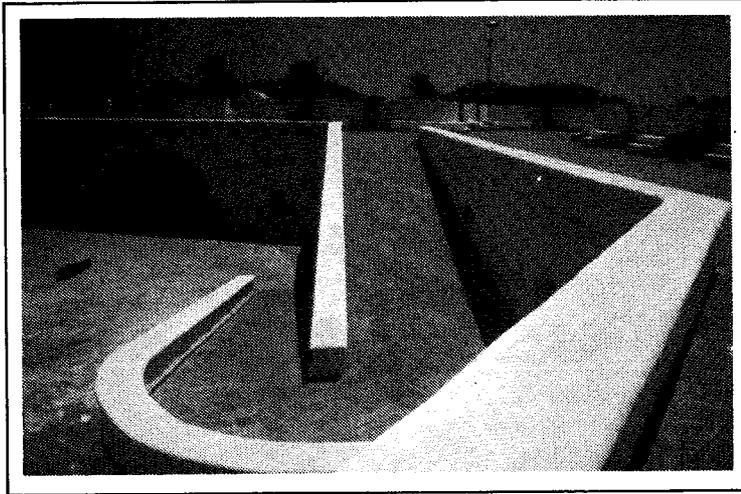
Martha Cabrera Guerrero (coord.), con la participación de Ernesto Lemoine, Marita Martínez del Río de Redo, Bárbara Meyer, María Elena Ota Mishima, Guadalupe Pérez San Vicente, Vera Valdés Lakowsky, *Guía oficial. Museo Histórico de Acapulco. Fuerte de San Diego*, INAH-FIDACA, México, 1986. 77 pp.

Esta investigación colectiva estuvo dirigida por el profesor Miguel Ángel Fernández y fue coordinada por Martha Cabrera Guerrero. Los investigadores elaboraron, con la documentación básica, los temas asignados, a la vez que fueron responsables de las salas correspondientes. Martha Cabrera Guerrero, Guadalupe Pérez San Vicente, Ernesto Lemoine y Bárbara Meyer desarrollaron respectivamente los temas: "Los pobladores prehispánicos de Acapulco", "La cocina del Fuerte", "La independencia, sur de México en la Revolución de Independencia, Morelos-Guerrero-Iturbide" e "Historia arquitectónica de la Fortaleza", respectivamente. Por su parte, María Elena Ota Mishima, Vera Valdés Lakowsky y Marita Martínez del Río de Redo trabajaron cada una de ellas dos temas: "Acapulco en la evangelización en Oriente" y "La conquista de los mares del Sur"; "El galeón de Manila y la historia de la navegación" y "El intercambio comercial con el mundo asiático"; "La piratería en el Pacífico" e "Influencias y aportaciones", respectivamente.

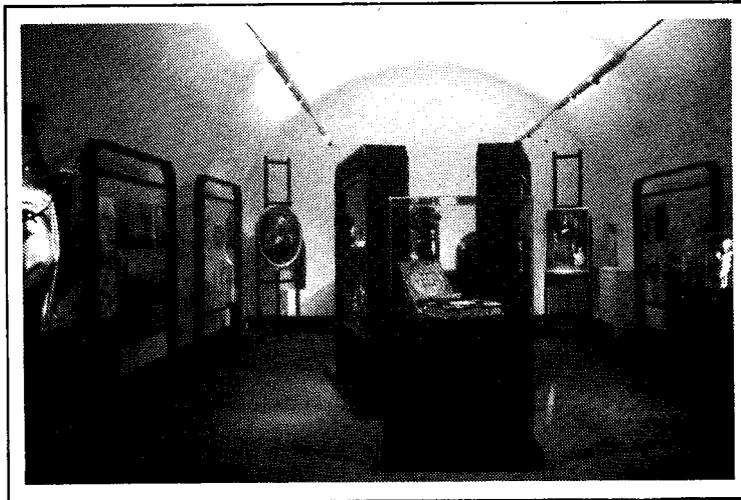
La lectura de esta guía permite conocer la historia del Fuerte de San Diego y las vicisitudes que vivió el Acapulco prehispánico, colonial e independiente. En ella se presenta toda la fascinación de las naos de la China, que transportaron mercaderías de Asia; la intrepidez y bravura de los piratas como Drake, Raleigh, Cavendish y Anson, entre otros, que asaltaban a estos galeones; la evangelización llevada desde el puerto de Acapulco hasta los lejanos China y Japón; la misión japonesa, camino a Roma y a Madrid, cuyos hom-



Entrada al Museo



Rampa para subir al mirador del Fuerte



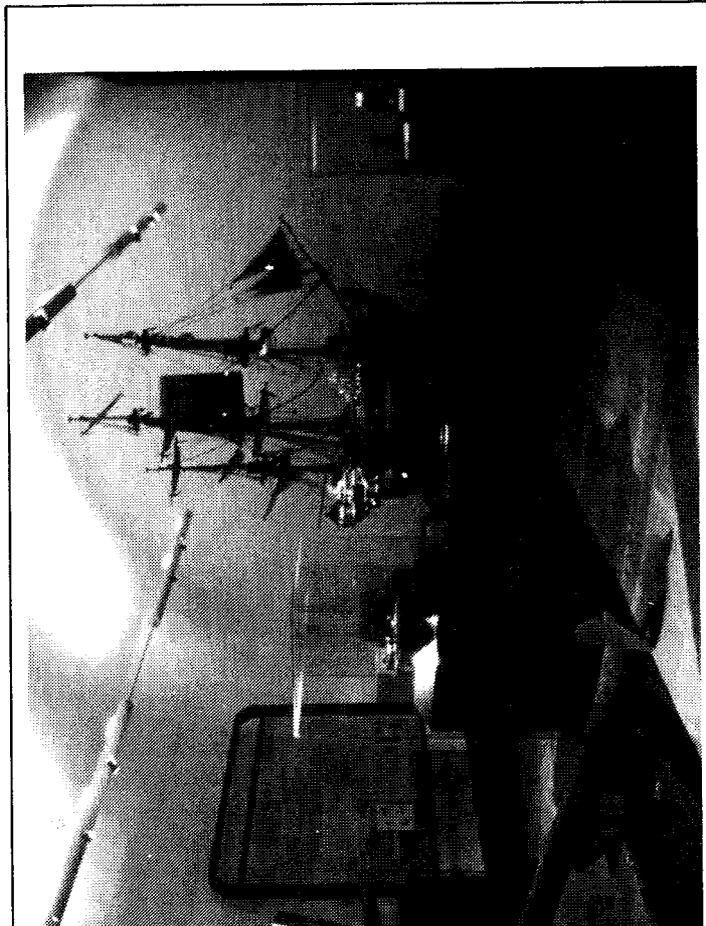
Sala: "Acapulco en la evangelización de Oriente"



Sala "La cocina"



Sala "El comercio con Asia" e "Influencias y aportaciones"



Sala "Historia de la navegación y el Galeón de Manila"

bres, vestidos y peinados a su usanza, impresionaron a los pobladores de Acapulco, México, Puebla y Veracruz, y con el correr de los años, la influencia de Oriente, que quedó manifiesta en el arte y la cultura de la Nueva España.

Esta *Guía oficial del Museo Histórico de Acapulco* es una edición de gran belleza, realizada en fino papel, con ilustraciones en color de algunas de las piezas originales expuestas en sus trece salas de exposición.

Es recomendable visitar el Museo con esta guía en la mano, lo que ayudará a entender mejor la importancia de Acapulco durante la Colonia y explicará también su proyección en el México moderno.

MARÍA ELENA OTA MISHIMA

Mitsukuni Yoshida (ed.), *The People's Culture, from Kyoto to Edo*, Mazda Motor Corp., Hiroshima, Japón, 1986, 134 pp.

Kyoto, Osaka y Edo (actual Tokio), tres metrópolis, tres culturas: Kyoto, con su palacio imperial, sede del emperador y de la nobleza; Osaka, ciudad portuaria, corazón del comercio y de la economía del país, y Edo, centro del poder político y militar, desde que Tokugawa Iyeyasu construyó allí el palacio del shogunato. Estas ciudades dejaron huellas imperecederas de la cultura del pueblo japonés.

Japón, que ha recibido por siglos la influencia de China, tanto de las dinastías Tang, Sung, Yuan y Ming, invitando a los maestros y enviando a discípulos japoneses, aprendió y adaptó a su idiosincrasia la escritura y poesía, el budismo y el zen, la filosofía de Chu Hshi y la política, la pintura *suiboku*, la cerámica y la arquitectura, hasta la planeación de sus ciudades. Nara y Kyoto son ciudades copiadas de modelos chinos, y Kyoto, con su refinamiento aristocrático, produjo una cultura *sui generis*, que con el correr de los años asombró al mundo occidental.

Al hojear este libro encontramos fragmentos del teatro Noh, de Zeami; los títeres en escenas de suicidio, de Chikamatsu; alguna imagen del actor Danjuro en el Kabuki; la ceremonia del té instituida por Sen no Rikyu; las pinturas en los *fusuma* de la Escuela Kano y Tawaraya Sotatsu; la poesía de Matsuo Basho; los retratos hechos por el novelista Ihara Saikaku, del prosista Takizawa Bakin y del científico Suguita Gempaku; cerámicas monocromas y policromas, jardines de estilo zen de Hosokawa; sin faltar los tres grandes hom-

bres del siglo XVIII japonés, pintores de su patria, Hokusai, Hiroshige y Utamaro.

El libro que reseñamos es de carácter didáctico. Cada capítulo tiene una explicación breve, correspondiente al siglo del que se trata, y al final de cada uno de ellos están los retratos de los políticos, pintores, filósofos y literatos, con una breve biografía, seguida de abundantes ilustraciones representativas de cada época.

MARÍA ELENA OTA MISHIMA

Mitsukuni Yoshida (ed.), *The Hybrid Culture, What Happened when East and West Met*, Mazda Motor Corp., Hiroshima, Japón, 1984, 138 pp.

Este libro se presenta, al igual que *The People's Culture*. . ., en una edición de lujo, con un formato similar; es decir, una explicación breve sobre el tema de cada capítulo, una útil cronología del periodo tratado y en seguida una explicación sencilla de cada ilustración.

En este caso, Yoshida intenta mostrarnos cómo el Japón ha adoptado y adaptado la cultura de Occidente, fenómeno que él designa como cultura híbrida. Para ello ha dividido este proceso histórico en cuatro grandes etapas: la influencia *namban*, 1543-1640; los años de Deshima, 1641-1858; la apertura de Japón, 1859-1888, y el ingreso de Japón en las exposiciones mundiales, 1891-1900.

Tradicionalmente, Japón ha tenido vínculos profundos con sus vecinos chinos, pero a partir del siglo XVI hasta hoy, sus relaciones han sido primordialmente con los países de Occidente: primero, con España y Portugal, luego con Holanda, Francia, Inglaterra y Rusia, y posteriormente con Estados Unidos.

En este proceso de relación continua, Japón aprendió de Occidente e influyó en él. Quién no recuerda el intenso comercio de los japoneses, a través de Nagasaki, con portugueses y españoles, y cómo, durante los siglos de aislamiento del mundo exterior, Japón comerció, por medio de su único reducto, Deshima, con holandeses y chinos. Esto le sirvió al shogunato para seguir teniendo información de Europa y ésta a su vez de Japón.

Durante los años de aislamiento de Japón, muchos países se le acercaron para que reabriera sus puertas. Este acontecimiento se produjo en 1853, cuando el comodoro Perry logró que Japón terminara con aquella política anticuada. Japón entonces firmó diversos

tratados, primero con Estados Unidos y sucesivamente con los demás países del mundo.

Esta nueva situación le permitió a Japón entrar en el concierto de las naciones y participar en las exposiciones mundiales en Londres, París, Chicago, Viena, etc. Así, Europa y Estados Unidos conocieron sus productos, y comenzó el gran intercambio comercial, que se ha ido acrecentando hasta nuestros días.

La influencia en ambas direcciones ha sido inusitada. A través del comercio con Portugal y España, Japón conoció el reloj y armas, que de inmediato copió y fabricó en grandes cantidades. Los muebles de laca con incrustaciones de concha, conocidos en Europa como *japan*, tuvieron gran demanda, al punto de que Japón no alcanzaba a satisfacerla. Entonces los europeos imitaron y produjeron esos muebles con algunas variantes, al gusto de la clientela. La porcelana, especialmente la llamada *arita-yaki*, estilo *kakiemon*, producida en la provincia de Hizen, Kyushu, se exportó, durante el siglo XVIII, por cientos de miles. Los imitadores de esta porcelana fueron, después, los alemanes. Japón conoció también la perspectiva en el dibujo y la aplicó. La pintura de Europa se vio asimismo influida por Japón. Uno de los ejemplos más conocidos es el retrato de una dama, hecho por James Whistler, con el título de “La princesa de la tierra de la porcelana”, con gran sabor japonés; o el que hizo Claude Monet de una modelo (su esposa) vestida con *kimono*.

La influencia de Occidente en el campo de la educación y la ciencia fue también enorme: se construyeron escuelas primarias con una arquitectura novedosa, y el gobierno estableció la educación primaria obligatoria de seis años; se fundó la Universidad de Tokio, para cuyos cursos invitó a profesores de Europa, y se tradujeron cientos de obras científicas.

Desde fines del siglo XIX —dice Yoshida— “Japón ha luchado por crear una nueva cultura original que combine universalidad y particularidad” y observa que durante los siglos XIX y XX los europeos se jactan de que “su cultura es la única cultura de valor, afirmación de la que han estado totalmente convencidos”. Japón, para emularlos, “se ha esforzado por adquirir todo lo que pertenezca a esa cultura superior —desde sus estilos de vida hasta su arte y tecnología” (p. 110). Yoshida, por lo mismo, presenta como pruebas lo contenido en las cuatro etapas mencionadas al principio de esta reseña, en las que intenta mostrar cómo en la historia de Japón “la cultura nativa ha sido nutrida por su apertura al exterior” y que “siendo Japón un país de cultura híbrida, es conveniente que los demás países vean su hibridización como positiva. . . y que, por lo